

Mi vocación de historiador

Ignacio OLÁBARRI GORTÁZAR

Universidad de Navarra
iolabarr@unav.es

Afirma Richard Pipes en su autobiografía que la propia vida es una larga historia cuyos primeros capítulos se ven ensombrecidos, en la oscuridad. Y a continuación se pregunta: ¿somos los mismos a lo largo de esas décadas? ¿Podemos entender todavía lo que entonces dijimos e hicimos y su porqué?

Han pasado veintisiete años desde que obtuve la plaza de Profesor Agregado de la Universidad de Murcia. Hacer memoria de aquellos años es difícil para mí. Si tuviera que contestar a las preguntas que se hace Pipes, tendría que decir que hoy casi no soy la misma persona que entonces y que dispongo de muy pocos elementos para entender lo que entonces dije e hice y su porqué. Estas dos afirmaciones tienen, a mi juicio, una clara explicación: la experiencia de la vida y, sobre todo, de la enfermedad me han cambiado mucho desde 1978 hasta hoy. Por otro lado, nunca he llevado un diario o un dietario que me ayude a la hora de hacer esta simple «ego-historia». Lo único que conservo, además de una memoria muy dañada, son mis publicaciones y el primer ejercicio de la oposición de 1978, el llamado en el «argot» universitario el «autobombo», en el que, sin negar que estuvo escrito tan honrada como cándidamente, no me reconozco hoy.

Dada la libertad que se nos ha dado para escribir estas páginas, he optado por referirme a las motivaciones, elaboración y rendimientos de mis primeros años de vida universitaria —cuyos resultados tengo delante— y dejar en segundo plano la historia de las dos oposiciones que hice, de las que, además del resultado, recuerdo sólo unas pocas anécdotas.

Un primer dato, para mí relevante: ni en mi familia ni en mi entorno había ningún profesor de Universidad ni tampoco nadie que hubiera estudiado Filosofía y Letras. Nacido en una de esas familias bilbaínas ligadas desde hace más de un siglo a los negocios mineros y fabriles; educado en un ambiente que sólo conocía la poesía de la aventura mercantil y de la creación industrial, no era fácil entender que una persona quisiese estudiar Letras para dedicarse después profesionalmente al cultivo de las Humanidades. La literatura, el arte, la cultura, eran bonitos y vistosos adornos del buen burgués; estudiar Filosofía y Letras significaba desperdiciar un porvenir económicamente muy seguro y romper con una tradición familiar bien arraigada para hundirse en la oscura tarea del profesor o del «ratón de biblioteca». Así se explica que simultaneara el estudio de la carrera de Letras con la de Derecho: mi familia me imponía así —y se lo agradezco, porque el Derecho me fue muy útil en mis primeras investigaciones— una pequeña prueba de la sinceridad de mi vocación por las Humanidades.

He conocido a algunos miembros de una «dinastía» universitaria y sé hasta qué punto son importantes la formación y los consejos de los padres a los hijos en ese ambiente. Una pequeña anécdota puede servir: a mí nadie en casa me habló de la conveniencia de aprender a escribir a máquina. ¿Para qué, si existían las secretarías?

Sintetizar en unos pocos párrafos las influencias que conformaron mis hábitos y convicciones intelectuales no es fácil. Algunas se dieron ya en el Bachillerato: me comprendo mejor a mí mismo cuando recuerdo el colegio Gaztelueta (Leioa, Vizcaya), obra corporativa del Opus Dei, donde, pese a que la mayoría de los padres eran empresarios o profesionales liberales, se impulsaban mucho las Humanidades, en particular las lenguas clásicas y la filosofía. Pero también recuerdo que en mi primera estancia en Inglaterra, a los catorce años, me hice con un ejemplar de *El Capital*, quizá como expresión de mi insatisfacción con el marco social en el que vivía (porque debo confesar que no lo leí entero).

Mi primer contacto universitario con la Historia se produjo en la Universidad de verano de la Rábida, donde asistí a las sugestivas lecciones de Historia de España impartidas por José Manuel Cuenca y a numerosos seminarios, que me abrieron nuevas perspectivas. Era en 1967, meses antes de iniciar mis estudios de Licenciatura.

Inicialmente, mi interés se decantaba por la filosofía. Pero los argumentos de uno de mis profesores, Patricio Peñalver padre, que me aseguraba que los filósofos del siglo XX acostumbraban a estudiar primero una ciencia, natural o social, me encaminaron hacia la historia. De mi primera y no completada vocación filosófica surgió, probablemente, mi constante interés por los aspectos teóricos y metodológicos de nuestra ciencia.

En el ambiente de la Universidad de Navarra, las influencias, de muy distinto signo, se multiplicaron. Pero sobre todas destaca —hoy puedo decirlo con más libertad y calor que en otras ocasiones— la de Valentín Vázquez de Prada. Discípulo de Braudel, se me aparecía en aquellos años como la encarnación viva de una escuela, la de *Annales*, cuyos principios representaban entonces para mí el paradigma de la historiografía científica. Paradójicamente, la mejor enseñanza que creo haber recibido de mi maestro ha sido la de un cierto escepticismo hacia las propuestas teóricas supuestamente omnicomprendivas, que estimulaba la actitud crítica en la labor de investigación. Vázquez de Prada siempre mostró conmigo las actitudes propias de un buen maestro: un gran respeto a la libertad, mucha paciencia y, sobre todo, una total disponibilidad que quien se encuentra en los primeros pasos de su vida universitaria agradece más que nada.

Aunque, entre 1972 y 1977, fueron muchas las horas dedicadas a la docencia y a la gestión en el seno del Departamento de Historia Moderna y Contemporánea, trataré solamente de mi labor investigadora, porque tengo delante sus resultados y porque quizás es la faceta más característica de la labor del universitario.

Los primeros pasos sólidos en este sentido los di en el último curso de la carrera, en el que inicié un trabajo sobre «Los orígenes del socialismo en Vizcaya». Así se titulaba la memoria que presenté a la Fundación Juan March a

comienzos de 1973 y para dicho trabajo obtuve de dicha Fundación una beca de un año.

Varias razones justificaban la elección de aquel tema: el interés por la historia contemporánea del País Vasco, tan descuidada hasta entonces; el innegable atractivo que tenía por aquellos años la historia del movimiento obrero español; y, por último, la sorprendente falta de estudios sobre el movimiento obrero vizcaíno y sobre el socialismo en particular, del que la región minera e industrial de Bilbao y su comarca había constituido uno de los más potentes y originales núcleos en el conjunto de España.

De la recogida de todas aquellas noticias que la bibliografía y las fuentes impresas daban sobre el tema surgió mi memoria de licenciatura, titulada «El movimiento obrero en Vizcaya, 1870-1936: estado de la cuestión», leída en junio de 1973. Dos meses antes me había casado y había aprovechado el viaje de novios para entrevistar a Andrés Saborit en Ginebra, trabajar en el Instituto Internacional de Historia Social de Amsterdam y visitar el St. Antony's College en Oxford.

Entretanto los contactos mantenidos con profesores e investigadores de otras Universidades me habían permitido saber de la tesis doctoral en curso de Juan Pablo Fusi sobre la historia del socialismo vasco entre 1885 y 1923. José María Jover y Javier Tusell, primero; Raymond Carr y Joaquín Romero Maura, después, y las conversaciones con el propio Fusi, por último, me convencieron de la necesidad de modificar mi plan inicial. El extraordinario interés del tema elegido había llamado desde 1969 la atención de Carr y Fusi y no tenía sentido duplicar una investigación, sobre todo cuando estaba llevándose a cabo con el rigor y la hondura que muestran el libro, publicado en 1975, en el que Fusi vertió los resultados de su trabajo. En tal situación, una de las mejores posibilidades de reencauzar mi investigación parecía la de continuar la historia del socialismo vasco hasta 1936. Para ello, Carr facilitó mi admisión en el St. Antony's College, pero aquel año concluía el convenio entre el Iberian Center del College y el Banco Urquijo y yo no disponía de medios económicos propios para trabajar en Inglaterra.

Desechada dicha posibilidad, solicité del Ministerio de Educación y Ciencia una beca de Formación de Personal Investigador, de la que efectivamente pude disponer durante tres años, para elaborar una tesis sobre el tema citado. Pero el descubrimiento, en marzo de 1974, de varios y nutridos archivos de organizaciones patronales y de empresas vizcaínas, unido a algunos problemas de tipo metodológico que me habían preocupado desde el comienzo de la investigación, me decidieron a integrar mis primeros datos sobre el movimiento obrero vizcaíno en una perspectiva más amplia: a intentar, en definitiva, llevar a cabo un estudio global de las relaciones de trabajo en Vizcaya durante el primer tercio del siglo XX. Este planteamiento chocaba con las historias del movimiento obrero que se publicaban en aquellos años y cuyo fundamento Maurice Agulhon sintetizó muy bien: «si bien, en un primer momento, están, por una parte, los obreros que no tienen ninguna opinión común porque son demasiado diferentes para tenerla, y, por otra, el socialismo, asunto de algunos ideólogos, la marcha creciente del movimiento

obrero es —para la historia que puede denominarse ya clásica, es decir, la de inspiración marxista— la historia de una coincidencia cada vez más completa y, en último término, total entre los dos conjuntos: clase obrera consciente y organizada y socialismo deberían coincidir». Por ello se ponía el acento en el estudio de las organizaciones obreras marxistas o, de modo más amplio, revolucionarias, que serían el verdadero exponente de la clase obrera (en singular) y se juzgaba el comportamiento social de los obreros por su adecuación o no al único análisis científico de la sociedad, el marxista.

La aproximación a las relaciones laborales y no sólo al movimiento obrero no excluye el estudio del conflicto entre obreros y patronos. Como escribía Theo van Tijn en la *International Review of Social History*: «Que para escribir una historia sería del sindicalismo es necesario conocer el punto de vista de los empresarios tan atentamente como el de los trabajadores es en sí mismo obvio; tampoco la batalla de Waterloo podría ser analizada, y explicado el curso de la acción en el campo de batalla, sólo por el estudio del movimiento de las tropas francesas». Del mismo modo, un especialista en el sindicalismo francés, J. D. Reynaud, escribía en 1976: «no se puede comprender la evolución de los sindicatos si no se los estudia en relación con la organización patronal; no se puede entender un conflicto si nos limitamos a estudiar a los huelguistas sin tener en cuenta que había un adversario enfrente que también tenía deseos de ganar; y, en fin, hay que pasar de la historia de un grupo aislado a un análisis de las relaciones sociales».

Además, lo que sí quedó claro, al menos para la sociedad concreta que yo analizaba, es que la «clase obrera» no tenía toda ella conciencia de clase ni pensaba ni actuaba homogéneamente. Junto a las organizaciones socialistas, era necesario, al menos en la Vizcaya de la época, tener en cuenta también a las anarquistas, las nacionalistas vascas y otras de inspiración cristiana, además de subrayar la existencia de un amplio sector de obreros «no conscientes»: no existía una única cultura ni una unidad de acción obrera; había que hablar de «clases trabajadoras», en plural.

Por otra parte, conocida ya la «política obrera», era necesario detenerse más en la acción sindical, que no podía entenderse —ya lo hemos dicho con palabras de otros— sin conocer la organización y la acción de las demás partes comprometidas en la vida laboral: los patronos y las organizaciones patronales, y también otras organizaciones sociales, las corporaciones locales y el Estado y la tan importante política laboral. Y en ese conjunto de relaciones articuladas en torno al trabajo se observaba, junto al conflicto puro y duro —«la época de la guerra sin cuartel» denominaba yo al periodo 1890-1914, atendiendo sobre todo al mundo de la minería—, la presencia de formas y zonas de consenso entre empresarios y trabajadores. A partir de 1914, por ejemplo, el convenio colectivo tuvo tanta importancia como la huelga o el «lock-out» en la vida laboral vizcaína. Estas constataciones, que aquí no puedo resumir sino malamente, daban la razón a Fusi cuando denunciaba, en su libro ya citado, «la abundancia de generalizaciones falaces («la clase obrera, la burguesía, cuando en realidad se alude a sectores de una y otra») y la concepción de la «historia española más reciente como una incesante lucha de clases».

Estas ideas no provocan hoy el escándalo que llevó, por ejemplo, a Manuel Tuñón de Lara, en el Coloquio de Pau de 1979, a afirmar que mi libro —mis críticas a la concepción clásica del movimiento obrero, fruto de un marxismo muy esquemático, mi preferencia por el marco teórico de las relaciones laborales— tenía un «tufillo de organización sindical del franquismo por encima de las clases». Pero he querido volver a ellas porque reflejan un determinado ambiente historiográfico en el que la distinción entre historiografía marxista y no marxista parecía muy importante. En todo caso, reseñas como las publicadas en aquellos mismos años en revistas norteamericanas se tomaban en serio el libro que resultó de mi tesis, *Relaciones laborales en Vizcaya, 1890-1936*. Leer que, para Juan Pablo Fusí, que escribía en el *Journal of Modern History*, «no one interested in Spanish social and economic history can now ignore Olábarri's book» era muy reconfortante. Como lo era lo que escribió Carolyn P. Boyd en la *American Historical Review*: «The author's insistence on the pluralism of the Spanish labor movement represents a revisionist viewpoint in the field of the Spanish labor history, which has been dominated by a Marxian model that presupposes the linear development of class consciousness and the reality of class conflict». No quiero con ello —quede claro— afirmar que ese libro fuera perfecto: muchas críticas, publicadas o no, eran posibles y acertadas, pero lo que creo que está claro es que ofrecía una alternativa válida a la historia clásica del movimiento obrero.

Volvamos al relato. Defendí mi tesis doctoral el 20 de marzo de 1976 ante un Tribunal del que formaron parte, además de Vázquez de Prada y del entonces Decano de la Facultad, Ángel Martín Duque, Carlos Seco, Miguel Artola y Vicente Cacho. En los meses siguientes, hasta el verano de 1977, la sometí a una profunda remodelación y contrasté mis propuestas teóricas y mis resultados con los estudios de historia de las «industrial relations» que tanta tradición tienen en el mundo anglosajón. En aquel momento conocí a Leopoldo Zugaza, que había comenzado con entusiasmo a publicar libros sobre el País Vasco: en esta editorial de Durango, que trabajaba rápidamente y bien, pero cuyas producciones tuvieron muy poca difusión, se publicó mi tesis, que no se distribuyó hasta 1978, pero del que ya tenía los primeros ejemplares a fines del año anterior.

Del siguiente paso —la historia de las oposiciones que viví— poco interesante puedo decir, fuera de algunas anécdotas. No guardo recuerdos escritos de ellas, con la excepción ya señalada y el texto sobre el ejercicio y método de la disciplina que, reformado, publiqué el año 1984 en la revista *Anuario Filosófico*. Conviene, sí, tener en cuenta la forma de nombramiento de los tribunales en aquellos años: seis catedráticos de la especialidad elegidos por sorteo y un presidente —en mi caso, siempre presidenta, María Dolores Gómez Molleda— nombrado por el Ministerio. Creo recordar que, en la actuación de los tribunales, la nota o valoración mejor y peor de cada opositor en cada ejercicio no podían tenerse en cuenta. Se prescindía así del valor de las posiciones extremas.

Pero mi primera experiencia con las oposiciones fue la de un mero espectador, un tanto sorprendido por lo que veía y oía en el salón de actos del CSIC, en Duque de Medinaceli. Fueron unas oposiciones «históricas», en las que, entre otros, participaron Ricardo de la Cierva, Javier Tusell y José Andrés Gallego

—a quien yo acompañaba—. Los candidatos con más posibilidades eran los dos primeros. Recuerdo que siempre que le tocaba intervenir a De la Cierva el salón se llenaba de señoras con abrigos de piel, que se retiraban estruendosamente cuando su candidato terminaba el ejercicio. Creo que fue él quien ganó la oposición, pero todos los que se presentaron aquella vez acabaron siendo catedráticos.

Hice mi primera oposición en diciembre de 1977. Se ventilaban ocho plazas de Profesor Adjunto, aunque podían aprobar candidatos sin plaza, como así sucedió. Del Tribunal sólo recuerdo, además de a Gómez Molleda, a mi maestro, Valentín Vázquez de Prada, y a Carlos Seco. Me acompañó en aquellos días tensos mi mujer, que estaba esperando nuestro tercer hijo. Había que contrarrestar «visiblemente» el posible argumento en mi contra de mi excesiva juventud. Obtuve el número uno, pero no llegué a ocupar plaza —las cosas de palacio van despacio— y renuncié a ella una vez ganada la segunda oposición, la de Profesor Agregado de la Universidad de Murcia. En ambos casos se trataba de plazas de profesor de Historia Contemporánea Universal y de España; hasta no mucho antes las plazas tenían una denominación mucho más general.

De la oposición a la Agregaduría de Murcia he podido reconstruir, con ayuda de Octavio Ruiz-Manjón, la composición del Tribunal: la presidenta era también Dolores Gómez Molleda y la acompañaban Carlos Seco, Octavio Gil Munilla, Vicente Cacho, Nazario González, José Manuel Cuenca y Javier Tusell. Fue una oposición muy reñida: obtuve cuatro votos (los de los profesores Gil Munilla, Seco Serrano, Cuenca y Tusell), mientras los otros miembros del Tribunal votaron a Julio Aróstegui.

Recuerdo dos anécdotas que me parecen de interés. Una de ellas es muy reveladora de la compleja personalidad de Vicente Cacho: además de anunciarme desde el principio que no me iba a votar, pasara lo que pasara, porque «le tocaba el turno» a Julio, me dijo que él consideraba de interés público todo lo relativo a las oposiciones, incluidas las deliberaciones del Tribunal. A lo largo de la oposición me señaló todos mis fallos o, por ejemplo, me contó que Gil Munilla dudaba en votarme porque yo criticaba algunos puntos de vista de su gran amigo Federico Suárez en la memoria de la asignatura que, junto con las publicaciones, había que presentar antes de que comenzaran los ejercicios.

La otra retrata a Javier Tusell. Mientras los miembros del Tribunal deliberaban en el «Palace», los candidatos, que esperábamos en el CSIC, supimos —una de las muchas indiscreciones que acompañaban y supongo que siguen acompañando a toda oposición— que el Tribunal dudaba entre Julio Aróstegui y yo. A mí se me ocurrió de pronto, y así lo hice, presentarme en el hotel y decir a Javier que yo podía esperar a otra ocasión. Se enfadó visiblemente: ¿por qué me entrometía yo en las deliberaciones del Tribunal? Tenía toda la razón.

La historia posterior se sale ya, creo, del objeto de estas páginas, pero no quiero dejar de mencionar algunas circunstancias que pienso que reflejan bien el ambiente intelectual del momento. Estuve en Murcia, como director del Departamento de Historia Moderna, Contemporánea y de América, durante un curso académico muy movido y —me atrevería a decir— divertido, porque el debate estaba servido, tanto en las clases como en la prensa. Por ejemplo, las cla-

ses de «Historia del movimiento obrero», de 5º curso, solían consistir en el continuo «examen» al que me sometía el corresponsal de *Mundo Obrero* en la ciudad. La polémica en la prensa, que protagonizamos el catedrático de Historia de la Medicina Pedro Marset, conocido miembro del Partido Comunista, y yo, versaba sobre otro asunto típico de aquella época: la cuestión de las relaciones entre marxismo y cristianismo. Este tipo de debates se seguía con pasión, como si a todos nos fuera la vida en ello, pero no llevaba a enfrentamientos por motivos personales. Las relaciones con los muy heterogéneos miembros del Departamento eran buenas y en Murcia dejé buenos amigos, entre los que no puedo dejar de citar a Juan Bautista Vilar, actual catedrático de nuestra asignatura allí, y a mi discípulo Luis Miguel Moreno.

En el verano de 1979 volví a Navarra, «reclamado» por mi Facultad de origen. No accedí a cátedra —la de la Universidad del País Vasco— hasta 1981, por retrasos para mí incomprensibles en la Comisión correspondiente, que presidía María Dolores Gómez Molleda, y que sólo se desatascó cuando le sustituyó Carlos Seco. Durante el curso académico 1981-2 me incorporé por fin a la Facultad de Filología y Geografía e Historia de Vitoria como director del Departamento de Historia Contemporánea, pero, a diferencia del caso de Murcia, sin trasladar a mi familia. Fue también una experiencia muy rica, porque la Facultad estaba todavía en estado constituyente y por su ambiente plural y entusiasta. Aquellos años seguían siendo calientes, como lo demostraron, entre otros muchos ejemplos que podría poner, unas Juntas de Facultad en las que debatíamos sobre política internacional —el imperialismo norteamericano, la revolución, el movimiento sandinista, etc.— o la polémica celebración del centenario de la muerte de Marx, a la que contribuyó un artículo mío titulado «El marxismo ha muerto». Pero, a las alturas del mes de mayo, experimenté un agotamiento tal por los viajes diarios Pamplona-Vitoria-Pamplona que no pude seguir trabajando. Estaba claro que tenía que optar entre Vitoria y Pamplona y, después de muchas dudas, me incliné por mi Universidad de origen. Nunca sabré si hice la mejor elección, en la que no dejó de influir el hecho de que quien me iba a sustituir en Vitoria era Juan Pablo Fusi.

Durante estos años mi labor investigadora siguió teniendo como eje el estudio de las relaciones laborales, en el País Vasco, en el conjunto de España y, en síntesis muy provisionales, en el mundo occidental. También me asomé al estudio de la cuestión «regional» en España, entendida como un conflicto entre nacionalismos en un Estado que se me aparecía —siguiendo la conocida fórmula acuñada por Anselmo Carretero— como una «nación de naciones».

Dos observaciones finales. Al lector joven le extrañarán tantas referencias al marxismo a lo largo de estas páginas. Por eso no es malo recordar que los años setenta y ochenta fueron los de introducción y auge de la historiografía marxista en nuestro país ni tampoco que el «label» de «marxista» se llevaba entonces con gran orgullo y con cierto desprecio hacia los que lo rechazaban, que no podían ser considerados historiadores verdaderamente «científicos». Desde los comienzos de los noventa el panorama ha cambiado tanto que, sólo por eso, este breve texto puede tener cierto interés, creo, para el estudioso de la historiografía espa-

ñola de aquellos años. Lo mismo ocurre con mi segunda constatación: en aquellos años era más fácil conseguir una Adjuntía o una Cátedra que ahora. No podemos olvidar que el número de aspirantes era menor y mayor el número de plazas. En este sentido creo que, a pesar de todas las excepciones que se quieran señalar, los profesores universitarios de nuestra generación hemos sido unos privilegiados, independientemente del valor —que creo que es muy alto— de las investigaciones hechas antes y después de las oposiciones.